

APOLOGISTAS VASCOS

Conferencia pronunciada el 30 de diciembre de 1963 en la Biblioteca de la Diputación de Vizcaya y organizada por la Junta de Cultura de Vizcaya

Señoras y señores:

La lista de apologistas vascos es larga. Se podría empezar en el siglo XVI con Garibay, Poza y Echave y llegar hasta nuestros días, hasta don Julio Urquijo. Pero esto sería muy largo y además reiterativo.

Nos limitaremos por lo tanto a Larramendi y Astarloa. En ellos la apología del Vasconce es el tema central y aparecen los puntos de vista de los apologistas que les precedieron.

Por otra parte, de todos los apologistas, Larramendi y Astarloa han sido los más criticados. Esto es también una crítica, pero diríamos que quiere ser una crítica constructiva.

Todo tiene su razón suficiente; la existencia de esta razón suficiente en las teorías de nuestros apologistas es lo que intentaremos explicar.

Larramendi no inventa; traba y completa la tradición, pero también elimina una larga serie de tradiciones históricas que no importaban a su tesis, como se ve comparándole con Garibay o Poza.

Evidentemente la lengua vasca era una lengua pre-romana. En las historias romanas se habla de los vascones. La lengua de los restantes pueblos de la península había desaparecido y no se sabía qué lengua hablaban; o eran pueblos cuya venida había sido señalada por la historia: fenicios y griegos, posteriores evidentemente a los vascos.

Hay ciertamente testimonios romanos de que en España se hablaban lenguas diversas; pero estos testimonios, ¿no eran tardíos? Estas lenguas ¿no podían ser dialectos de una misma lengua, o de pueblos venidos después de los vascos? Todo esto, a falta de pruebas concretas, llevaba a discusiones sin salida.

Por otra parte, la historia que hasta Larramendi se cultivaba era historia medieval. En cuanto al método, los primeros historiadores cristianos intentaron y consiguieron hacer una historia única y continua desde la Creación hasta su época. Habían relacionado cronológicamente los hechos de la historia sagrada con los de las historias profanas. En muchos casos esta relación no había sido sólo cronológica, sino que se había identificado a pueblos bíblicos con pueblos recientes. El método

para esta identificación era el método de la probabilidad, la prueba llamada moral.

En el caso que nos ocupa, se había identificado a los vascos con Tubal, nieto de Noé o descendiente, y con su gente, a quien la Providencia les había asignado después de Babel la población de España. Y también se había asignado a Tubal la lengua vasca; así en Garibay, aunque no en Poza; y esta lengua vasca no la habían adquirido durante el trayecto desde la llanura de Senaar a la península ni después de estar en ella, sino que había sido infundida por Dios en la confusión de Babel a los destinados a poblar España. El vasco era por lo tanto una lengua babélica, título no sólo honorífico y cronológico, sino que respaldará una lista de posibles perfecciones.

Pero en la época de Larramendi, e incluso antes, no era todo unanimidad en este punto; y así algunos no consideraban el vasco como la lengua de los primeros pobladores o el que hubiese sido universal, como era el caso de Morales; o como en el caso del historiador Mariana —creyese o no creyese que era babélica—, que la consideraba ruda. Por otra parte, estaba la opinión más o menos culta, que en ocasiones se oye al menos en forma de pregunta ¿tiene el vasco gramática?, y, por último, había las típicas burlas a quien no domina la lengua de otro pueblo. Desacreditaban al vascuence —dirá Larramendi— de lengua inculta, bárbara, incapaz de arte y primor.

El que consideraran al vascuence incapaz de arte, esto es, de gramática, es el motivo de que Larramendi saliese en su defensa con *El Imposible Vencido* (1729). El título, como ustedes pueden ver, es bastante significativo y además de paradójico es humorístico. Pero había publicado un año antes otro libro, en el que anunciaba este «imposible vencido». Su título era *De la antigüedad y universalidad del bascuence en España, de sus perfecciones y ventajas sobre otras muchas lenguas. Demostración previa del Arte, que se dará a luz de esta lengua*. Como ven ustedes por el título, su contenido era una defensa contra todas las objeciones que antes hemos mencionado que se hacían a la lengua vasca.

Pero Larramendi no podrá descansar. Con mayor amplitud, pero en esencia con los mismos argumentos, volverá a la carga, dieciséis años más tarde, en 1745, en el prólogo al *Diccionario trilingüe, del Castellano Bascuence y Latín*. Las partes que trata, entre otras, son: perfecciones, lengua universal y primitiva y respuesta a las objeciones de Mayans.

En 1737 había aparecido *Orígenes de la Lengua Española*, de Mayans, en el que se afirmaba entre otras cosas:

- 1.º Que nadie puede afirmar cuál ha sido la primera lengua de España.
- 2.º Que la tradición (sobre el primer poblador) que vulgarmente se alega es de pocos siglos y no merece crédito.
- 3.º Que pensar que permanece incorrupta alguna de ellas (las lenguas perfectas infundidas por Dios en Babel con ocasión de la confusión de las lenguas) es no hacer reflexión en lo que puede la injuria del tiempo en el largo espacio de tantos siglos.

Y por último, Mayans relegará el vascuence al último lugar entre las matrices del castellano.

La primera afirmación de Mayans, que nadie puede afirmar cuál ha sido la primera lengua de España, la rechazará Larramendi con los argumentos tradicionales en que se basaba la afirmación opuesta, con las etimologías.

Si hubiese habido otra lengua anterior —argumenta Larramendi— hubiese dejado rastro de su existencia en los nombres de países, ríos, montes. Pero esto implicaba que los nombres de países, ríos, montes, tenían que ser explicados por la lengua vasca empleando el método etimológico, tarea ante la que Larramendi no retrocederá.

Pero si en la época de Larramendi había algo desprestigiado eran las etimologías. Oigamos a las autoridades en la materia: Las etimologías (o el fanatismo etimológico) eran, según Hervás, la peste del siglo; según Traggia, con las etimologías se podían probar las cosas contrarias; el *Diccionario de la lengua castellana* de 1726 aconsejaba en el manejo de las etimologías la máxima cautela. De las etimologías había dicho alguno con gracia que sólo se tenían por verdaderas las que uno mismo había descubierto.

Y así era en verdad. No podía haber seguridad alguna. No se había descubierto la Fonética Histórica, esto es, una serie de correlaciones fonéticas, no se tenía en cuenta la estructura de las palabras; y así los cortes se hacían según conviniese al etimólogo de turno. Para que la etimología fuese una ciencia había que esperar hasta mediados del siglo XIX. Pero Larramendi en su afán etimológico no se paró en barras.

Hervás, que va a mantener las mismas tesis que Larramendi: Que el vascuence es lengua infusa en Babel, que es la primera lengua de España y que fue universal en ella, no estará de acuerdo con las etimo-

logías de Larramendi. Muchas palabras que Larramendi explica por el vasco —dirá Hervás— eran celtas o latinas.

A pesar de sus esfuerzos etimológicos, Larramendi no iba a vencer a nadie con sus etimologías.

El segundo punto de Mayans era la venida de Tubal a España. Mayans dice que la tradición que vulgarmente se alega es de pocos siglos y no merece crédito.

Si no estoy equivocado, esta tradición se remonta a San Jerónimo; pero desde Tubal a San Jerónimo, naturalmente, no había ningún testimonio. Era sencillamente una conjetura del Santo. Ignoro los puntos de apoyo de la conjetura; pero Hervás cuando habla del fanatismo etimológico nos dice que por haber algunas letras iguales entre Cimbro y Gomer —es éste otro descendiente de Noé— habían hecho a éste padre de los germanos.

En este caso, el punto de apoyo de la tesis de Larramendi será la historia medieval; pero este punto de apoyo era tan endeble como el etimológico. En la época de Larramendi ya era conocido el *Dictionnaire historique et critique* de Bayle, del que en 1741 aparecerá la sexta edición. Bayle, en lo que se refiere a fuentes, había dejado a la historia medieval en puro esqueleto. La mayor parte de las glosas y tradiciones estaban en entredicho. No valía ya la prueba moral, la prueba de la probabilidad: Desde Bayle se exigía a la historia la exactitud, la «acribía», como dice Cassirer (*Filosofía de la Ilustración*).

Desde entonces, el enlace de la historia sagrada y la profana no era tan sencillo. Hervás admite que después del «adélon» o época incierta, que va desde la Creación hasta el Diluvio, viene el «miticón», época que va desde Babel hasta la primera Olimpiada, alrededor de 1.600 años según la cronología medieval. Y Hervás pretendía llenar este espacio, en lo relativo a iberos, celtas y jaones, con un sistema basado en la historia, en la geografía y en la observación de las lenguas. No era época histórica y había que reconstruirlo esquemáticamente y por conjeturas.

Pero la crítica de la historiografía medieval no sólo afectaba al método, crítica de las tradiciones, sino que afectaba al marco temporal en que se habían desarrollado los hechos.

A Eusebio de Cesárea, en la época del emperador romano Constantino El Grande, en el siglo IV, se remonta la cronología de la historia. Esta cronología, difundida también por San Jerónimo, va a perdurar hasta el siglo XVIII. Todavía la emplea Bossuet en su *Discours sur l'Histoire Universelle* (1681). La cronología era como sigue: La Crea-

ción había tenido lugar 4.004 años antes de Jesucristo; el Diluvio 2.349 antes de Jesucristo.

Pero para la nueva historiografía, la historiografía del siglo XVIII —como dice Meinecke (*El historicismo y su génesis*)— las dimensiones temporales de los tiempos primitivos tal como entonces se computaban aparecían considerablemente reducidas, debiéndose contar por milenios donde se contaba por siglos.

Las conjeturas que se hacían, incluso en el caso de Hervás, para 1.600 años, ¿valdrían para 16.000, en el caso de tener que contar los hasta entonces siglos por milenios? ¡Cómo llenar con conjeturas y pruebas morales tal espacio! Hervás protesta, ¡y con razón!, de este alargamiento temporal de los tiempos primitivos, y que pareció tener su apoyo real en dos zodíacos hallados por los franceses en 1798, durante su expedición a Egipto.

Hervás, como decimos, protesta de este alargamiento, pero el tiempo no le dará la razón. Astarloa, en este punto más cauto, quizá porque creía esconder otros triunfos en la mano, dirá: hablemos con sinceridad y confesemos de buena fe que no nos vemos con auténticos documentos para probar que vino el vascuence a España con los primeros pobladores.

La nueva historiografía, como ustedes ven, había ya hecho su efecto: se exigían auténticos documentos y de Tubal, primer poblador de España y que hablaba vascuence, no iba a quedar nada.

Se creería naturalmente que las tesis de Astarloa serían mucho más modestas que las hasta entonces expuestas, pero en Astarloa la tendencia apologista, por así decir, se sublima. La lengua vasca aparecerá en Astarloa como la lengua perfecta y la primera lengua, de España no, pero sí, del mundo.

Lo primero, que es lengua perfecta, quizá se pensará que puede probarse de alguna manera; pero lo segundo, que es la primera lengua del mundo, un hecho histórico ¿cómo se puede probar sin documentos?

No nos precipitemos y vayamos paso a paso y por partes.

La intervención de Astarloa está motivada por el artículo «Nabarra» que aparece en el *Diccionario geográfico-histórico de España*. El autor del artículo era el escolapio Traggia. Y entre las cosas que dice Traggia, se leen las siguientes: que el vascuence es una lengua moderna dada la serie de perfecciones que posee; que lejos de ser bárbara —es palabra de Traggia—, informe y sin artificio no cede en cultura, riqueza, energía y suavidad a ninguna de las conocidas. El vascuence era una lengua moderna y, por lo tanto, no era el mismo que se hablaba hacía 2.000

años, ni siquiera 1.000: porque ninguna lengua —sigue hablando Traggia— que esté en comercio con otras puede subsistir largo tiempo sin corrupción.

El vascuence era una lengua moderna porque era una lengua mixta.

Hemos visto que las etimologías de Larramendi no tenían fuerza probatoria para nadie, y que sus pruebas morales o de probabilidad las echaba por tierra la nueva historiografía; Astarloa incluso manifestará que no había «documentos auténticos».

Pero en la polémica de Larramendi con Mayans había otro punto que todavía no se ha dilucidado, al menos por nosotros. Decía Mayans que pensar que permanecía incorrupta alguna de las lenguas perfectas infundidas por Dios en Babel es no hacer reflexión en lo que puede la injuria del tiempo en el largo espacio de tantos siglos.

Por la Historia se sabía que en España en un momento determinado se habló el latín y que en la actualidad se hablaba una lengua parecida, pero distinta, el castellano. ¿Cómo vino una de la otra?

La experiencia de nuestra vida nos hace creer que nosotros hablamos la misma lengua que nuestros padres, y que nuestros hijos y nietos hablan como nosotros. Eso parece ser lo que nos dice la experiencia. El paso de una a otra, por lo tanto, tenía que ser por algo o por la injuria del tiempo, como dice Mayans o como dice Traggia, porque ninguna lengua que esté en comercio con otras puede subsistir largo tiempo sin corrupción.

Larramendi se opone a la pretensión de que la lengua vasca haya padecido experiencias semejantes, ya que el pueblo vasco no había sido sojuzgado por pueblos extranjeros, y por lo que se ve, de acuerdo con la experiencia cotidiana, no admitía la injuria del tiempo. Si Tubal recusitase —decía Larramendi— entendería a los vascos.

El problema quedaba insoluble para la ciencia de entonces al no poder presentar ni uno ni otro bando testimonios del vasco que se habló, por ejemplo, diez siglos antes, lo que hubiese sido la prueba definitiva. Un simple cotejo hubiera solucionado la disputa.

Pero ahora en Traggia aparecía la misma tesis que en Mayans: que el vascuence actual, por las razones que fueran, no era el que se hablaba hacía 2.000 años ni siquiera hacía 1.000.

No se trataba de probar ahora que el vascuence era lengua preromana o babilónica, sino poder probar que la lengua que se hablaba en el siglo XVIII en una determinada zona geográfica y que se llamaba vascuence era idéntica o muy semejante a la lengua que aproximada-

mente 2.000 ó 1.000 años antes hablaban los antepasados de los vascos actuales.

Se trataba de probar que la lengua vasca no ha cambiado desde que aparece hasta ahora. ¿Dónde hallar pruebas de ello?

Astarloa, para probar su antigüedad, no necesitará pruebas históricas, que admite que no las hay; le basta con el análisis de la lengua. Evidentemente su antigüedad sólo se podrá probar por la inmutabilidad. Probará que el vascuence es anterior en España a los celtas, fenicios, hebreos, griegos y cuantas naciones cuentan las historias haber venido a nuestra península después de su población. Esto históricamente no hacía falta, pero en el cotejo entre el vascuence y otras lenguas, se verá que haya tanta diferencia que el vascuence no puede haber tomado nada de ellas o ser mezcla de ellas, esto es, ser lengua mixta. El cotejo es total: fonético, morfológico y sintáctico.

Del cotejo no sólo se pondrá de manifiesto la diferencia, sino la mayor perfección de la lengua vasca en sonidos, en combinaciones de éstos, en la morfología y en la sintaxis.

El paso siguiente de Astarloa será que la lengua vasca es anterior al Diluvio. Y esto lo quiere probar con etimologías; pero estas etimologías de Astarloa no serán etimologías del tipo de las de Larramendi.

Larramendi se conformaba con probar que las palabras o los elementos en que descomponía las palabras se explicaban por la lengua vasca y, todo lo más, que la palabra convenía a la cosa asignada; Irlanda de *Ir (e)-landa* «país del helecho», Holanda *Hola- and (i) a* «ola grande», Islandia de *isla-andia* «isla grande».

En las etimologías de Astarloa, sin embargo, la significación de la palabra descubre un estado social o de civilización que es o tiene que ser anterior al Diluvio y Babel.

Antes de Astarloa otro apologista vasco, Perocheguy, autor de *Orígenes y antigüedad de la lengua bascongada* (1731), había afirmado que el vascuence era la lengua del primer hombre, y lo había querido probar también por medio de etimologías, pero valiéndose, a efectos de cronología, de su significación original; por ejemplo: *oyan* «bosque» de *or* «ahí» y *jan* «comer. La razón de esta etimología era que el hombre se alimentaba de los frutos de los bosques, modo de alimentación muy primitivo.

Astarloa empleará este tipo de etimologías de una manera sistemática.

Las etimologías llevan más o menos implícita la razón o motivo de su formación; pero Astarloa pretende deducir de la etimología de la

palabra, de la razón de su formación, su cronología absoluta. En el capítulo «Antigüedad de la lengua vascongada en los remotos tiempos a que no pueden penetrar las historias, probada por las mismas voces del vascuence» (*Apología de la lengua bascongada*, 1803), nos da como muestra: *zubija* «puente» de *zur-bi* «dos maderas», *e-guna* «día», «consuelo último», *il-una* «oscuridad», «de morir cercanía», *gaba* «noche», «una falta de la más profunda». La motivación psicológica que nos da de la formación de estas palabras es pueril. A esto añade otro tipo de pruebas: la distinción del vicio y la virtud por medio de los sufijos *-eria* y *-tasuna*, le hace comentar: «esta singularísima lengua es un perfecto código de la ley moral». Luego veremos por qué una lengua que por la derivación de sus palabras es un perfecto código de la ley moral es necesariamente anterior, por lo menos, al Diluvio. Explica también por medio del vascuence, deduciendo de ello su mayor antigüedad, fábulas, jeroglíficos y nombres que la «ciega gentilidad erigió a sus divinidades»: *Astarte* de *aste-arte*, *Marte* de *marrati*, *Caco* de *cacua*, *arima* (*anima*) de *ari*, «hilo» «que dio motivo a la fábula de las tres llamadas Parcas», remata por así decir su argumentación con la numeración vigesimal. Esta es anterior forzosamente —dice infantilmente Astarloa— a la decimal porque ésta, la decimal, se «inventó después del calzado cerrado y no son tan antiguas como las por así decir de la época de los pies descalzos».

En fin, todo el razonamiento conduce a probar, como decimos, que la lengua vasca tuvo su origen en una época y en una sociedad determinada: la de los primeros tiempos y la de los primeros hombres.

En la *Apología de la lengua bascongada* ya establece Astarloa la igualdad de perfecta y primitiva: una lengua perfecta —dirá— verdaderamente no puede menos de ser primeriza. La argumentación detallada la desarrollará en los *Discursos filosóficos sobre la lengua primitiva*.

No es evidente de por sí que una lengua perfecta tiene que ser primeriza o primitiva, o si se quiere, primera lengua del mundo. Esta es la tesis de los *Discursos filosóficos sobre la lengua primitiva*.

Esto no es evidente en la actualidad ni siquiera en la época de Astarloa. Traggia, a causa de las perfecciones que vio en el vascuence, afirmó que era una lengua moderna. Ocurre que Traggia pertenecía o seguía al ala progresista de la Ilustración; Astarloa, en cambio, al ala romántica.

En los *Discursos filosóficos*... el vascuence no será sólo una lengua «primeriza». Como es natural, podía haber varias y el vascuence ser

una de ellas. En los *Discursos filosóficos...* el vascuence iba a ser la lengua primitiva.

Para entender esto hay que remontarse algo en la historia. En el siglo V antes de J. C. los sofistas griegos hicieron problema de todo lo humano y, como es natural, del lenguaje. El problema planteado era si el origen del lenguaje era por «Physeï» o por «Theseï», esto es, si por naturaleza o por convención, o más claro, si las palabras tenían que ser necesariamente como eran o eran sonidos arbitrarios.

La variedad de lenguas con distintas palabras para designar las mismas cosas, parece mostrar que las palabras son arbitrarias. Pero ¿fue siempre así hasta en el principio?

El problema preocupó o ha preocupado por lo menos a la gente curiosa; solía ir en ello cierta honrilla nacional. Y así, Psamético, rey de Egipto, crió —según nos cuenta Herodoto— a dos niños sin que oyesen sonido humano. Cuando crecieron y pudieron emitir sonidos se les oyó la palabra *becos*. Las indagaciones probaron que esta palabra en frigio significaba «pan». Psamético tuvo que llegar a la conclusión de que el frigio era más antiguo que el egipcio y puso de manifiesto ser, acaso sin saberlo, partidario de la teoría de que el lenguaje era por «physei», esto es, por naturaleza.

Decíamos que no era evidente que una lengua perfecta o considerada perfecta fuera la primitiva; la evidencia aparecerá sin embargo cuando se introduzca el concepto de «natural». Esto hace Astarloa.

Tendremos entonces que la lengua natural es la lengua primitiva; bastará con probar que la lengua perfecta es la natural, y la consecuencia será que la lengua perfecta es la primitiva. Esto fue posible en el siglo XVIII.

El siglo XVIII fue el siglo de la enciclopedia. Había enciclopedistas, como Voltaire, racionalistas y progresistas, para quienes la humanidad no había cesado de avanzar desde sus comienzos hasta entonces. Pero el siglo XVIII fue también el de Rousseau, padre del Romanticismo, con su grito ¡tornemos a la naturaleza!

Estas eran posturas extremas; pero Diderot decía que la causa de nuestra miseria era que al hombre natural se le había introducido un hombre artificial. ¿Y había alguna posibilidad de sacarnos de dentro este hombre artificial y liberarse de esta miseria de que habla Diderot? La respuesta será: sí, por medio de la razón.

Hablando de lo «natural», menciona Paul Hazard (*El pensamiento europeo en el siglo XVIII*) la emoción con que se recibían las noticias

de que se había descubierto una muchacha salvaje en los bosques de Champaña, un hombre salvaje en las selvas de Hannover. ¡Se iba a poder interrogar y apuntar la respuesta de la naturaleza al natural!

Pero por otra parte en este siglo se había generalizado también el racionalismo cartesiano y la razón dominaba todo el panorama del hombre: en las matemáticas, con la necesidad de sus principios; en la astronomía, con la regularidad de los fenómenos celestes; en las ciencias naturales, con la constancia y repetición de las estructuras de animales y plantas. Las ciencias eran racionales y también eran perfectas.

Pero los Derechos, las Religiones, las Éticas eran diferentes de un sitio a otro y además enemigas de estos racionalistas y románticos, que fueron los padres de la Revolución Francesa, que fueron revolucionarios o padres de revolucionarios.

Y en esta época se crean el Derecho Natural, la Religión Natural, en oposición a los Derechos y Religiones positivas o históricas vigentes, y el instrumento que las crea es la razón; Derecho, Religión y Ética Naturales que se creía que habían tenido, por así decir, vigencia espontánea en los albores de la humanidad.

Esta Religión y Derechos Naturales, primitivos, racionales y perfectos habían sido adulterados y modificados por la perfidia o ignorancia de sus guardianes: sacerdotes y legistas. Lo mismo, con el idioma natural, primitivo y perfecto, por diversas razones se había modificado o degenerado.

Pero la razón, que había creado la Religión y el Derecho Natural, podía recrear también el idioma natural que existió en la época primitiva: el idioma perfecto; o si se había conservado, descubrirlo.

Es una secularización del cristianismo: Paraíso, Caída y Redención son sustituidos por Naturaleza, Civilización (adulteración de lo natural) y Razón. La Razón nos redimía de la Civilización y restablecía el estado de Naturaleza y, por lo tanto, perfecto.

Con la introducción del concepto natural, idéntico por un lado a primitivo y por otro a perfecto, comprendemos que una lengua perfecta tiene que ser primitiva y natural.

El enlace necesario de estos tres conceptos, Natural, Primitivo y Perfecto, fue posible, como hemos dicho, en la época romántica.

¿Cómo pensar el lenguaje primitivo? Siendo natural el primitivo idioma —nos dice Astarloa— hubo de hallarse adornado de todas aquellas perfecciones que son imaginables en filosofía. Basta por lo tanto

con fijar «todas aquellas perfecciones que son imaginables en filosofía» y ver si hay un lenguaje que las cumpla.

Podría ocurrir, como en el caso de la Religión y Derecho, que se hubiera adulterado y ya no existiese tal lenguaje natural. Pero felizmente no había sido así: el vasco cumplía en todos los puntos las exigencias del lenguaje perfecto.

Una de esas perfecciones es la «Propiedad y naturalidad de sus voces». ¿En qué consiste esto? Estas (las voces) —dice Astarloa— nos dan una definición descriptiva de los signados y esto no puede significarse sin que en ella entren dos partes: una, que nos haga ver el sujeto, esto es, el género; otra que nos dé a entender el atributo, esto es, la diferencia específica. Astarloa exige de las palabras lo que la lógica de las definiciones. Las palabras van a ser definiciones comprimidas.

Esta pretensión es fácil de señalar en las palabras compuestas; por ejemplo, en *filósofo* «amante de la sabiduría», *hipopótamo* «caballo de río», etc. Para Astarloa este tipo de palabras, las palabras compuestas, eran más significativas que, por ejemplo, «sabio» o «caballo». Esta fue también la postura de Larramendi y esta propiedad de las palabras compuestas hacía que llamase filosófica a la lengua vasca.

Pero Larramendi ahí se quedaba. Astarloa, sin embargo, avanza más. Comentando *Teófilo* y *filósofo* dice que deleita la propiedad de estas voces griegas, pero que esta propiedad proviene de la unión de los componentes. ¿Pero se encuentra esta propiedad en los componentes mismos? No en estas lenguas, pero sí en el vascuence.

Esto le va a llevar a lo que ha sido llamado el mayor error de Astarloa: el dar significación a los diferentes sonidos. Esto no es original de Astarloa. Ya Humboldt señaló que Davis lo había aplicado al celta. También los celtólogos o celtómanos reivindicaban para su lengua el ser la primitiva.

Hemos mencionado anteriormente algunas palabras cuya etimología la hace siguiendo este procedimiento: *e-guna* día», «consuelo último», y recordaremos la anécdota en la que el sonido *a* señalaba al varón y *e* a las hembras. El vasco cumplía en este punto —según Astarloa— todas las perfecciones imaginables en Filosofía.

Estas son las perfecciones que halla Astarloa en cuanto a fonemas, sílabas y palabras. En otras zonas de la gramática: la declinación, la estructura del verbo y la sintaxis, las perfecciones son, por ejemplo, no tener género en el nombre, tener un número determinado de artículos (casos), que el verbo tenga las innumerables formas que posee y que en

la segunda persona singular distinga masculino y femenino. En fin, la estructura de la lengua vasca, como dice Astarloa, sigue los pasos de la naturaleza.

La regularidad de los paradigmas era considerada también por Hervás como una perfección y en ese sentido hablaba de lenguas de pueblos incultos o bárbaros, por ejemplo, de las de los indios sudamericanos, como de lenguas más perfectas que el latín y griego. Y la razón era, según Hervás, que se habían mantenido en un estado más semejante al de su origen, al de la dispersión de las lenguas.

También Astarloa manejará este concepto de perfecta y lo contrapone al de riqueza: puede haber lenguas más ricas pero menos perfectas, replicará a Traggia.

Esta perfección, que consiste también en la regularidad de los paradigmas, se obtenía algunas veces de una manera sencilla: eliminando las irregularidades. Humboldt sospechó que Astarloa regularizaba los paradigmas a causa del «cuidado purificativo», pero ante la negativa de éste no tuvo más remedio que creerle. No es que Astarloa mintiese; ocurría que encontraba formas varias, por ejemplo, *gau* y *gaitu* «él nos ha» y creía que la primera, la regular, *gau*, era la original, lo que es muy discutible, y *gaitu* una forma degenerada.

En cuanto a las doscientas seis formas personales que asigna a cada verbo, da como existentes «formas activas de recipiente» con objeto de primera y segunda persona, cuando lo normal es sólo objeto de tercera. Como dice Fray J. M. Zabala en *El verbo regular vascongado*, cuando afirmó que eran doscientas seis las conjugaciones... consideraba al vascuence según su constitución y elementos que hubo de tener en los días de su gloria. También se podría hablar de la forma cortés, que es una forma reciente, del artículo, etc., etc. No vale la pena, sin embargo, entrar en detalles.

Astarloa cae de lleno en la crítica que Thomsen (*Historia de la lingüística*) hace de los que cultivaron el lenguaje en el siglo XVIII, que sus trabajos tienen poco que ver con la lingüística, que son «especulaciones subjetivas condenadas al fracaso... ya que a sus autores nada se les alcanza del método empírico... del proceso histórico y de la vida de las lenguas».

Efectivamente, en el caso de nuestros apologistas fallaron estrepitosamente las columnas en que sustentaban sus teorías: la Historia en

Larramendi, la concepción romántica en Astarloa, y sobre todo creer que la lengua es o puede ser inmutable, el haber ignorado que el lenguaje evoluciona.

La lingüística ha puesto límites a sus conocimientos y no admite: La existencia en la actualidad de una lengua «primitiva» ni de la posibilidad de hallarla, ni el idioma perfecto, ni el idioma natural, ni el valor significativo de los fonemas simples, ni que el lenguaje en su estructura intente seguir los pasos de la naturaleza si no es de muy lejos.

Se limita a explicar las lenguas tal como son, y si le es posible, cómo han llegado a ser y a establecer relaciones entre ellas, esto es, lingüística sincrónica, diacrónica, gramática comparada, y no se asusta ante irregularidades de paradigmas y absurdos lógicos.

Y la razón de que se imponga estos límites, es que el lenguaje evoluciona a pesar de lo que parece decir la experiencia cotidiana. Esta evolución ha sido o es más lenta en unas lenguas que en otras, más lenta o más rápida en un período que en otro de la misma lengua. Y evolución no es un término peyorativo como «injuria» del tiempo o «corrupción», sino cambios no arbitrarios, al estar condicionados por la estructura de la lengua y que si las circunstancias históricas son favorables pueden ser seguidos y explicados teórica y sistemáticamente.

El lenguaje evoluciona porque no es una «cosa» y no está por lo tanto como las «cosas» en un equilibrio inerte, o mejor, en una estructura inerte. El lenguaje es algo real, pero tanto él como sus procesos es una realidad *sui generis* y por eso hay que tener cuidado con la terminología metafórica que se emplea: lenguas madres, hijas, hermanas, antiguas y modernas.

Para la lingüística no hay una lengua más antigua que otra de manera absoluta, hay estados de lengua más antiguos que otros de la misma lengua o de lengua distinta.

Y a este todo que es el lenguaje evolucionando y evolucionado se le aplica, si se puede, más por comodidad que por rigor científico, la terminología de lenguas madres, hijas, hermanas, antiguas y modernas, arcaicas y dialectos, etc., etc.

Este fue sobre todo el fallo de los apologistas, el ignorar o no admitir que el lenguaje evoluciona. Sus afirmaciones sobre puntos concretos de la lengua admitiendo que fuesen verdaderos sólo hubiesen sido válidos para la época suya o épocas que existiesen en la lengua. Y no

se puede escapar a esta verdad con los conceptos de «substancia» y «accidente».

Las teorías de nuestros apologistas son puras anécdotas históricas. Sólo la información escueta de datos de la lengua será aprovechada por la lingüística extranjera que se aplique a la lengua vasca.

No sé si está muy claro lo de la evolución del lenguaje, pero como el tiempo apremia quiero acabar con una metáfora que desearía fuese entendida lo menos erróneamente posible: no por haber mudado recientemente su piel es un animal más joven que otro.

Señoras y señores, he dicho.

Florentino Castaños.